

AGUSTÍN DE ITURBIDE

1783 - 1824

Padre de la verdadera Independencia Mexicana



Nació en Valladolid (hoy Morelia), hijo de padre español y madre criolla. Ingresó en las milicias de su ciudad natal como subteniente de bandera en 1797. Siendo alférez del Ejército español se negó a colaborar con la rebelión del cura Miguel Hidalgo y participó en la detención de los conspiradores de Valladolid en 1809.

Como sabemos, el 16 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo inició precipitadamente, sin ningún plan de largo alcance, la guerra de Independencia. Poniendo en libertad a los presos de Dolores, pronunció la frase: "Vamos a matar gachupines", y después, para ganar la confianza de la población, añadió "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines".

Después de haber tomado las ciudades de Querétaro, Guanajuato y Valladolid, las cuales entregó al saqueo y fusiló a los españoles peninsulares caídos en sus manos, marchó contra México a la cabeza de 80 mil hombres.

Llegado Hidalgo casi a las puertas de la ciudad de México, desde la mañana del día 30 de octubre se inició una furiosa lucha. Son rechazados los insurgentes con grandes bajas. Al frente de las fuerzas realistas se encontraba el general Trujillo contando a la derecha de las mismas al Teniente Iturbide. Por su valor, éste fue ascendido a Capitán.

El general Calleja, al mando de su ejército marchó en busca de Hidalgo encontrándose con él en Aculco, cuando regresaba de México, derrotándolo completamente. Hidalgo y Allende pudieron huir.

Habiendo Hidalgo reorganizado sus fuerzas en Guadalajara, presentó su última batalla en el puente de Calderón, enfrentándose nuevamente a Calleja, quien finalmente resultó vencedor, causando la desbandada de las fuerzas insurgentes y provocando la huida de Hidalgo, Allende y Aldama, quienes se dirigieron hacia los Estados Unidos porque sabían que allá encontrarían apoyo. Hechos prisioneros en las Norias de Bajan, fueron llevados a Monclova donde el pueblo les gritaba; "mueran los



Agustín de Iturbide

traidores"; fueron juzgados por delitos contra la Religión y la Patria y fusilados.

Había en esos días un temido bandolero de nombre Albino García quién al amparo de la guerra de Independencia se dedicaba a la rapiña. Don Agustín de Iturbide fué encargado de someterlo. Y éste con sólo 160 hombres salió el día 4 de junio en su busca, y a las dos de la madrugada del día siguiente, llegó al Valle de Santiago. Se encontraba Iturbide con muy pocos hombres dentro de un pueblo ocupado por un enemigo muy superior en número, ocupó los



principales puntos del pueblo y con voz sonora y enérgica hace gran alarde de fuerza. Albino y su gente despiertan creyendo que tenían encima a toda la división. La sorpresa, el terror y la confusión fueron completos. Albino García y los principales cabecillas fueron hechos prisioneros. El resto de sus hombres estaban muertos, prisioneros o en fuga. Las huestes de Albino fueron pues derrotadas.

Iturbide fue ascendido a teniente coronel. Albino García fue fusilado el día 8, habiéndose preparado los días previos para morir cristianamente.

Después de esta hazaña, rápido marchó el ya Teniente Coronel Iturbide en auxilio del Coronel García Conde, quien en medio de grandes dificultades y peligros escoltaba un rico convoy. En Calpulalpan esperaba al convoy un grueso contingente de insurgentes apoyados por la artillería. Con noventa dragones, carga impetuoso Iturbide, derrota a los asaltantes, les hace 80 muertos y 8 prisioneros y les arrebató banderas y cañones.

El 20 de junio entra el Coronel García Conde a la ciudad de México con el convoy. En esa ocasión por primera vez el pueblo de la Capital se agolpa en las calles para vitorear a Iturbide, quien se convertiría en el autor de la verdadera independencia nacional y fundador del Estado Nacional Mexicano.

En el mismo Valle de Santiago derrotó al importante cabecilla Liceaga, recuperando todo el territorio que los insurgentes habían ocupado, obligándolo a retirarse a la laguna de Yuriria, la que fortificó y en ella fundía cañones y fabricaba pólvora y pertrechos de guerra. Iturbide, con rápidas y enérgicas acciones, con hombres embarcados en lanchas atacó la fortaleza desde cuatro puntos, vigorosa y simultáneamente, creando la confusión entre los defensores. Antes de iniciarse el desembarco huyó Liceaga. Los jefes, hechos prisioneros y fusilados en Irapuato.

Y toda la fuerza insurgente quedó desbaratada.

A finales del año 1812 la insurrección se extendía por todo el virreinato. Los realistas sólo conservaban el puerto de Acapulco, el centro y el sur de Veracruz, Michoacán hasta Colima y gran parte de las provincias de México y Puebla.

Y en ese mismo año 1812, el diecinueve de marzo, las Cortes de Cádiz promulgaron una Constitución Política de la Monarquía española, de inspiración masónica.

En febrero de 1813, el general Calleja toma posesión como nuevo virrey de Nueva España. Comienza aquel por batir a los insurgentes que operaban en el centro y en las inmediaciones de la Capital.

Ramón Rayón se encontraba en Salvatierra, población que había sido fortificada. El teniente coronel Iturbide había planeado atacar la plaza el diecisiete de abril. Así pues, fue seguido por sus hombres con tal brío que la artillería ocupa la población y arrasa las obras de fortificación. Rayón huyó solo dejando 350 muertos y sus fuerzas derrotadas.

Después de la acción, Iturbide fue ascendido a Coronel, Jefe del Regimiento Provincial de Celaya y Comandante General de la provincia de Guanajuato,

El 24 de diciembre de 1813 inició Morelos nuevo ataque a la ciudad de Valladolid pero fue rechazado por las fuerzas del Coronel Iturbide. Se retiraron Morelos y Bravo a las Lomas de Santa María. Su superioridad numérica era indiscutible, por lo que Iturbide recibió ordenes de hacer un reconocimiento con 360 soldados. Se lanzó audazmente contra las líneas enemigas, transformando el reconocimiento en un ataque a fondo. Con la primera carga rompió las líneas enemigas y fue tal la sorpresa que causó, que al caer la noche, los insurgentes combatían entre sí. "La confusión, la sorpresa, las sombras nocturnas, el valor de los realistas, igual que su atrevimiento, todo se

reunió contra las tropas de Morelos, que combatieron entre ellas mismas, abandonando al fin sus posiciones en completa dispersión”.

No pudo ya recuperarse Morelos de esta derrota y finalmente fue hecho prisionero y fusilado el día 22 de diciembre de 1815 en San Cristóbal Ecatepec.

Iturbide volvió a su mando en Guanajuato, donde siguió combatiendo a los grupos de bandoleros que infestaban la región. La revolución estaba en franca agonía.

El Coronel don Agustín de Iturbide y Aramburu, en 1815 gozaba de un gran prestigio, y de sólida reputación en el ejército virreinal, y era admirado, respetado y amado del pueblo. Pero no pudo evitar envidias, recelos y rivalidades.

Los hermanos Rayón se habían establecido en el cerro del Cópore, fortificándolo y dotándolo de una fuerte guarnición, artillería, pertrechos y víveres en abundancia. El Brigadier Llano pidió el concurso de las fuerzas de Iturbide para atacarlo. Iturbide expresó sus dudas por el plan de ataque, pero por disciplina ofreció ponerse al frente de las tropas. Fue rechazado. Éste es el único fracaso militar en su vida. Lejos de disminuir su prestigio, lo incrementó grandemente, por la disciplina, el valor y la capacidad demostrada en la operación. En abril de 1815, Iturbide fue nombrado comandante militar de las provincias de Michoacán y Guanajuato y jefe del Ejército del Norte.

Hacia la Independencia

En España, al volver Fernando VII, el 9 de marzo de 1820 juró la Constitución (de Cádiz). El restablecimiento de esta Constitución, con leyes aún más radicales contra la Iglesia Católica, representaba el triunfo completo de la masonería.

Atacada la Religión y nulificada la Monarquía, principios constitutivos del Imperio, desapareció la base de la dependencia del Reino

de la Nueva España de la Metrópoli.

Aquí se recibieron con descontento las noticias del restablecimiento de la Constitución. Sin embargo, el Virrey Apodaca, al darse cuenta de la fuerza que la masonería había tomado en la capital, juró la Constitución de abril.

Había llegado la hora de la lucha por la verdadera Independencia de México, la cual era a la vez una cruzada contra la Revolución universal que dominaba en la Metrópoli.

Ante esas circunstancias, don Agustín de Iturbide tomó a su cargo la defensa de todos esos supremos intereses, abandonados por quienes debieran custodiarlos

Nombrado recientemente Comandante General del Sur, escribió al Virrey y principales personalidades civiles y eclesiásticas, presentándoles su plan de independencia e invitándoles a unirse a él. Igualmente se entrevistó con los principales jefes del Ejército virreinal.

No aceptó Apodaca dicho plan, sino por el contrario, utilizó todos los medios a su alcance para impedirle llevarlo a cabo.

No obstante, el 24 de febrero de 1821, reunió Iturbide a jefes y tropa del Ejército Trigarante (como llamaba ya a su propio Ejército) y proclamó solemnemente la Independencia de México con base en los 24 Artículos del “Plan de Iguala”, entre los cuales destacan los siguientes:

1-La Religión Católica, sin tolerancia de ninguna otra.

2-Fernando VII o alguien de su dinastía serán los emperadores. (No pasaba por su cabeza ser él mismo emperador).

El 2 de marzo juró Iturbide el cargo de Regente, mismo que desempeñaría hasta la llegada del futuro emperador.

En junio de 1821, ya no como Virrey, sino como Capitán General de la Nueva España llegó a Veracruz don Juan O'Donojú. Conoció



éste la situación del país, la independencia proclamada unánimemente, pidió celebrar una junta con don Agustín de Iturbide, la cual tuvo lugar en Córdoba. En dicha junta O'Donojú reconoció la Independencia de México.

Y así, el día 27 de septiembre de 1821, tuvo lugar la solemne entrada del Ejército Trigarante a la Capital del Imperio.

En esas circunstancias decisivas, el Ejército Trigarante, brazo armado de la Patria, tomó la iniciativa y arrastró a todo el pueblo con un grito unánime y entusiasta: *¡Viva Agustín! ¡Viva el Emperador!*

En la noche del 18 de mayo de 1822, Pío Marcha, Sargento del Regimiento de Celaya, lo forma y recorre las calles al grito de *¡Viva Agustín II! ¡Viva el Emperador!* Se les unen otros cuerpos y numeroso pueblo les sigue regocijando, aclama a Iturbide y toda la ciudad se conmociona e ilumina. Oyéanse repiques de campanas, que el clero de la ciudad había ordenado, música, cohetes. En las ventanas de las casas aparecen banderas tricolores.

“Ante la morada de don Agustín va congregándose un inmenso gentío que pide con insistencia que el idolatrado caudillo se asome a saludarles y a recibir sus aclamaciones.

“Iturbide está en aquel momento en tertulia con el ministro Herrera y el general Negrete. Se asoma por fin el Regente al balcón y el entusiasmo llega a su colmo.

“Ante el pueblo enardecido, Iturbide expresa su reconocimiento, pero le exhorta a que antes de aclamarle por Emperador se someta a la decisión del Congreso.

“A la consulta de don Agustín la respuesta es unánime, ceder a la voluntad general”.



Joel R. Poinsett

¡Viva Agustín II! Este grito repercutió al instante. Iturbide era el hombre de la nación y el héroe universalmente amado. Emperador o regente poco importaba el nombre-, veían en él al ídolo del pueblo.

El 21 de mayo prestó Iturbide el siguiente juramento:

“Agustín, por la Divina Providencia, Emperador de México, juro por Dios ..., que defenderé y conservaré la religión católica, apostólica: que guardaré y haré guardar la Constitución que formare el Congreso... no buscando en cuanto hiciere, sino el bien y provecho de la nación: que no enajenaré, cederé ni desmembraré parte alguna del Imperio... que no tomaré jamás a nadie sus propiedades, y que respetaré sobre todo la libertad política de la nación y la personal de cada individuo... Así Dios me ayude y sea en mi defensa, y si no, me lo demande”.

El Congreso tomó el juramento al Emperador. Y el mismo presidente del Congreso colocó la corona en las sienes del Emperador.

“A los pocos días comenzaron a llegar felicitaciones de cada diputación provincial, de todos los ayuntamientos, autoridades, jefes, cuerpos militares, comunidades y particulares, de suerte que la ratificación que se hizo de la elevación verificada por el Congreso fue tan completa, tan unánime”.

La masonería en acción

Apenas consumada la Independencia, los Estados Unidos pensaron en aumentar su territorio a expensas de México. En 1822, se presentó a Iturbide un yanqui: mister Joel R. Poinsett, con cartas de recomendación del Gobierno de su patria. Insinúa la conveniencia de



Santa Anna

adoptar las instituciones políticas de los Estados Unidos y la cesión a los mismos de las provincias de Texas, Nuevo México, Alta California, Sonora, Coahuila y Nuevo León, a cambio del reconocimiento

de la Independencia y de su gobierno.

Por orden del Emperador, Don Juan Francisco de Azcarate se entrevista con Poinsett en el Consulado de los Estados Unidos, reiterando éste las insinuaciones hechas al Emperador. Don Juan Francisco le contesta que el gobierno en consecuencia del Tratado de Iguala, **NO CEDERÍA NUNCA UN SOLO PALMO DE TIERRA**", Se le rechaza y se le despide.

Fracasado en sus intentos ante el Gobierno Imperial, "atiza Poinsett el fuego republicano; y procura sobre todo infiltrar sus ideas en el Ejército, asegurando que el gobierno de los Estados Unidos jamás reconocerá la monarquía de Iturbide. Las logias del rito de York, cada vez más fuertes, se ponen incondicionalmente a sus órdenes, y se convierten en centros de activa conspiración contra el Imperio.

"Pronto habrá de abandonar Iturbide su aspiración al poder hereditario, y de no hacerlo así será destronado y derrotado", escribe Monroe a Jefferson el 25 de agosto.

"No dice el motivo, pero es que a los Estados Unidos les es más peligroso UN

IMPERIO MEXICANO. Quieren a toda costa evitar en el país vecino **UN GOBIERNO FUERTE QUE PUEDA SER OBSTÁCULO A SU EXPANSIÓN**".

"Los diputados habían hecho lo que estaba a su alcance para derrocar el Imperio. Era el momento de que entraran en juego los generales. Uno de ellos, D. Antonio López de Santa Anna, joven veracruzano, militar de los ejércitos virreinales se pronunció por la república pero fue completamente derrotado por las fuerzas imperiales. Entonces, Guadalupe Victoria se le unió disuadiéndolo de plegar bandera, continuando así López de Santa Anna, su labor destructiva.

El cinco de enero de 1823, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo salieron secretamente de la Capital y se dirigieron a Chilapa para secundar la revolución. Publicaron el plan de Santa Anna para derrocar a Iturbide.

Joel R. Poinsett estaba en estrecha relación con todos los conspiradores contra el Imperio dándoles ánimo, ofreciéndoles el apoyo de su gobierno, y asegurándoles que nunca se reconocería al Gobierno Imperial.

En informe al Departamento de Estado afirmaba Poinsett que el Emperador no se mantendría muchos meses en el trono, y para el caso de que no se realizara el vaticinio, anunciaba una nueva, sangrienta y devastadora revolución semejante a la iniciada por Hidalgo en 1810.

Presidida



Guadalupe Victoria



por el General Pedro Celestino Negrete, envió el Emperador una comisión para tratar con los rebeldes y encontrar una forma de poner fin a la rebelión. Negrete se unió a los rebeldes y tomó el mando de la revolución.

No hubo batallas, sino defecciones. El movimiento se propagó por todas partes. Iturbide quiso al principio combatirlo militarmente, después de desenmascararlo; mas prefirió abdicar y salir del país, pensando equivocadamente que con él desaparecería el pretexto para la discordia y el derramamiento de sangre y presentó formalmente su abdicación.

No combatió el Emperador a los rebeldes con la rapidez y energía que le eran características, porque cometió el gravísimo error de creer que era su persona, y no el espíritu y los ideales que encarnaba, el motivo de la rebelión. Abandonó sin lucha un Trono que representaba la única garantía de la Independencia e integridad territorial de la Patria.

El destierro

Aunque el Emperador había abdicado voluntariamente y ofrecido salir del País, la Revolución Universal se ensañó terriblemente contra su persona. No satisfecha con su vil asesinato, ha continuado la persecución calumniando y denigrando su memoria, y lo ha condenado al absoluto y universal olvido.

“El 30 de marzo de 1823 sale y al llegar a Tulancingo se le recibe por las autoridades con el mismo acatamiento que si estuviese en el trono y las inmensas demostraciones de calor de los habitantes de los lugares por donde transitaba, inspiraba más temor a sus enemigos que un ejército. Bravo tuvo que transitar con su ilustre custodiado, por caminos extraviados y evitando cuanto pudiese el paso por los pueblos”.

Para evitar las demostraciones populares a favor del Emperador, se evitó que entrara a Veracruz para embarcar haciéndolo en

la desembocadura del río de la Antigua en la fragata inglesa “Rainwings”, contratada por el gobierno, sin cupo suficiente para la familia del Emperador y personas que le acompañaban.

El 13 de febrero de 1824, desde Europa, envía el Emperador una Exposición al Congreso mexicano dándole cuenta de su traslado a Londres, e informándole, que España, con la ayuda de la Santa Alianza hacía planes para recobrar su dominio sobre México, ofreciendo sus servicios por si eran necesarios en estas circunstancias.

Entretanto, el Congreso de México había expedido un decreto de Proscripción, conforme al cual, se prohibía a Don Agustín, so pena de muerte, que volviera a poner pie en su propia Patria. Ignorándolo el Emperador, salio de Londres el 4 de mayo de 1824, embarcando en la isla de Wright el once del mismo mes con rumbo a México.

En cuanto hubo desembarcado fue hecho, prisionero y a las 3 de la tarde del día 19 de julio, sin sombra de juicio, se le comunico que a las 6 de la tarde del mismo día seria fusilado. Fue un vil asesinato. Desconociendo Iturbide la ley que le prohibía poner pie en su país, las autoridades debieron hacérsela saber y reembarcarlo. El gobernador y la legislatura de Tamaulipas lo fusilaron en el pueblo de Padilla, el 19 de julio de 1824.

No se le conceden, como pedía, unas horas para poder recibir la Sagrada Comunión. Se resignó, y dando un gran testimonio de su profunda Fe Católica, se confesó, rezó el credo y el acto de contrición. Besó un Crucifijo y recibió la muerte.

Lic. Antonio Guizar Cuevas

Bibliografía:

Pedro Sánchez Ruiz *La Nación Mexicana*, México, D. F. 2005. Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, México, D. F. Ed. Porrúa.